

quinaciones incesantes del rey Fernando de Nápoles para extender su supremacía sobre toda la Italia habían excitado serios temores en todas las cortes italianas y naturalmente también en Venecia, cuyo gobierno estaba ya reñido con él por otras razones. Venecia apoyó hasta al gobierno de Florencia contra Nápoles, á pesar de que los florentinos habían hecho todos los esfuerzos imaginables durante la larga guerra entre Venecia y el sultan para excitar á este contra la república y hacer imposible todo arreglo entre ambos beligerantes; todo para aumentar á costa de los venecianos el comercio de Florencia con Levante, tan lucrativo ya bajo el dominio de los turcos como bajo el de los últimos Paleólogos.

De todos modos, en la primavera del año 1480 el gran visir Kedüc Ahmed-bajá con 70 buques y 100,000 hombres de desembarco, entre ellos muchos albaneses y válacos, llegó á la costa de la Pulla. El 26 de julio tomó á Otranto que hubo de sufrir todos los horrores que no dejaban ya de cometer los ejércitos turcos por doquiera se mostraban. Sin contar las crueldades infinitas de que los habitantes fueron víctimas, basta decir que los feroces conquistadores aserraron por mitad del cuerpo con todo el refinamiento diabólico al infortunado comandante de la plaza, el conde Francisco Largo, y al no menos desgraciado arzobispo. Despues saquearon el territorio inmediato, fundieron las campanas de todas las iglesias trasformándolas en cañones, hicieron algunas tentativas contra Tarento, Lecce y Brindis, y enviaron 8,000 habitantes en calidad de esclavos á Albania. Poco á poco empezaron á faltar á los invasores las municiones y los víveres, y al propio tiempo el rey Fernando pudo reunir un ejército suficiente para expulsarlos, de suerte que por fin se embarcaron en el mes de octubre para la Albania despues de dejar en Otranto 8,000 hombres de infantería y 500 jinetes. Mientras el rey de Nápoles sitiaba esta plaza con 50,000 hombres, se esparció la noticia terrorífica de que el sultan hacia grandes preparativos para invadir en persona la Italia. Entonces el rey Fernando y el papa hicieron á porfía esfuerzos desesperados para asegurarse el auxilio de todas las demás potencias. El gobierno de Venecia se excusó, porque aprovechando hábilmente una sublevacion de los maniotas en otoño de 1480, que trataban de proclamar por soberano suyo al rey de Nápoles, habia conseguido del sultan Mahomed un ventajoso arreglo de las diferencias pendientes desde la paz del año 1479 sobre varios puntos, en especial las relativas á la cuestion de límites en Morea. Cuando á principios del año 1481 Antonio Tocco hermano de Leonardo reconquistó con fuerzas napolitanas y mercenarios catalanes las islas de Zante y Cefalonia, se entendió la república de Venecia con el sultan, y con el beneplácito de este ocupó á Zante con sus tropas en el mes de abril de aquel año.

La súbita muerte del sultan, que solo contaba 52 años, ocurrida en 3 de mayo de 1481 en su campamento de Gebise en Asia, cuando justamente estaba en camino con un gran ejército para volver á embestir á Rodas, acabó con todos los temores, tanto de los caballeros de San Juan que nada bueno se podían prometer de la nueva campaña, como de las potencias de Italia y demás países limítrofes del imperio turco. La guarnicion turca de Otranto evacuó la plaza en 10 de setiembre de 1481 bajo la condicion de retirarse con armas y bagajes; pero el hijo mayor del rey de Nápoles, el príncipe Alfonso, duque de Calabria, faltó á su palabra y retuvo prisionera una parte de ella.

CAPÍTULO II

EL IMPERIO TURCO HASTA LA MUERTE DE SOLIMAN II

A consecuencia de las continuas campañas de Mahomed II el Conquistador, habia quedado el imperio otomano bastante bien redondeado para no tener que pensar por algun tiempo en nuevas conquistas. No habia alcanzado ni con mucho la extension que habia tenido el imperio bizantino antes de la aparicion de los árabes en la escena política: con leve diferencia tenia los mismos límites que el bizantino habia tenido cuando todo el poder estuvo otra vez reunido en manos de Basilio II; es decir, que comprendia todos los territorios situados desde el Mac Adriático y el rio Save, hasta el curso medio del Eufrates. Por el lado Norte imperaba el sultan ya en la orilla septentrional del Mar Negro y en los países danubianos desde los Montes Carpacios hasta la Dobrucha. En el resto de esta obra referiremos cómo los descendientes de Osman se hicieron dueños del Califato en el transcurso del siglo XVI y cómo extendieron durante el mismo siglo su poder sobre los demás países semíticos y africanos que habian formado parte del imperio bizantino en la época mas brillante del emperador Heraclio.

Sin embargo, en la época á que hemos llegado en nuestra narracion, cuando el imperio turco tenia toda la extension que tuvo el bizantino en tiempo de Basilio II y de Manuel Comneno, cuya política habia adoptado también en parte Mahomed II, este imperio, impulsado por el indescriptible fanatismo religioso de los turcos, era un peligro mas terrible que el que ofrecieron en otra época los hunos y los mogoles, para el mundo cristiano del Occidente y del Nordeste de Europa, dividido y sometido á innumerables potentados y magnates grandes y pequeños, rudos, egoistas y discolos, mientras el imperio turco, muy al contrario, era grande, y estaba admirablemente organizado y enérgicamente dirigido. El terrible héroe Mahomed tenia para sus súbditos turcos el mérito extraordinario, además de ser un destructor sin rival de vidas humanas y de ciudades, de ser también un gobernante, organizador y legislador de primer orden; porque le tocó cumplir la mision difícilísima de operar la transicion de una organizacion social y política que tenia muchísimo de primitiva á la organizacion turca perfectamente desarrollada del siglo XVI. En efecto, Mahomed II no descuidó absolutamente ningun ramo del gobierno interior de sus Estados; y atendió con igual actividad y solicitud á la legislacion, á la administracion en todas sus esferas así en la corte como en las provincias, como en el ejército y la armada.

A esta organizacion vigorosa y continuamente perfeccionada debió el pueblo turco principalmente su superioridad formidable sobre las naciones vecinas durante muchas generaciones hasta la muerte de Soliman II, organizacion que era efecto á su vez del carácter enérgico y del talento verdaderamente admirable de sus sultanes durante el período indicado, así como de las cualidades especiales de la raza turca, tan apta para la guerra y para dominar á los pueblos sometidos como quizás no lo han sido tanto en el cólmo de su poder los romanos ni los ingleses. El pueblo turco jamás fué tan numeroso como aquellas dos naciones conquistadoras, y mucho menos lo era comparado con los pueblos sometidos, ni aun despues de haberse asimilado la rama seldyúcida y otras asiáticas pertenecientes á la misma raza. Desde luego tenian los turcos una ventaja que no habian tenido los bizantinos, ni tenia tampoco en rigor ningun pueblo europeo, y mucho menos el húngaro y el alemán, á saber: una dinastía firmísimamente establecida. Si en su tiempo el antiguo imperio de

los califas se habia desorganizado por las rebeliones nunca interrumpidas de sus príncipes, altos funcionarios y gobernadores de provincias, el imperio turco no tenia que temer esta causa de destruccion, por efecto de la horrible práctica del fratricidio elevada casi á sistema por los descendientes de Osman, ya en el reinado de Bayaceto I, y despues por Mahomed II. Para explicarse cómo tan horrible crimen pudo elevarse á principio político, hay que tener presentes las consecuencias lamentables que desde tiempos inmemoriales ha producido en todo el Oriente la poligamia. Salvas contadas excepciones, en tales países las diferentes mujeres forman, con los hijos que han dado al jefe de la familia, otros tantos grupos, por lo general enemigos entre sí, aunque no sea sino por la rivalidad de las mujeres mismas; de modo que el odio es cosa ordinaria entre los hijos de un padre poderoso. A esta condicion general se agregó para Mahomed II el recuerdo de las peligrosísimas guerras civiles que despues de la muerte de su padre, el sultan Bayaceto I, condujeron repetidas veces el naciente pero ya poderoso imperio de los Osmanes al borde de su total ruina; y el pueblo turco como Mahomed II tampoco olvidó jamás aquella leccion, y dejó practicar con indiferencia á tantos de sus sultanes el recurso atroz del fratricidio como medida de prevision indispensable.

A la cabeza del imperio turco estaba el Padischá, el Gran Señor (el Gran Turco, como solian llamarle nuestros mayores), soberano autócrata que hasta el año 1473 en que fué vencido el khan Usun Hasan, llevaba el antiguo título de *emir*, y desde entonces se llamó *sultan*. Como en todos los países regidos por un soberano absoluto y autócrata, la prosperidad y poderío exterior é interior del Estado turco dependia principalmente de las cualidades personales del sultan, por lo menos hasta el período del apogeo del poder turco. Su mayor ó menor talento y energía daban la medida de la mayor ó menor influencia que ejercian ó trataban de ejercer el harem y las camarillas de palacio en el ejército y en la administracion. Aparte de estas influencias hubo también siempre en la sociedad turca elementos que constituian en ciertos momentos un dique al poder absoluto de los soberanos, como ciertos usos tradicionales, la opinion nacional y la religion. Una de las obligaciones ineludibles de los sultanes, consagradas por el tiempo, era, por ejemplo, la de presentarse en el lugar del siniestro cuando por las calles resonaba la voz de «fuego,» y eso que los incendios han sido en Constantinopla en todo tiempo tan frecuentes como extensos. Si en semejante momento el sultan se encontraba en el harem, le participaba la noticia de la calamidad que afligia á su capital una odalisca vestida de los pies á la cabeza de un ropaje de color de púrpura, porque en el harem regian ordenanzas, usos y etiquetas perfectamente circunscritos y fijos. La opinion pública, como en Persia en tiempo de los Aqueménides, cuando el país estaba en su mayor auge, exigia de cada sultan nuevo alguna empresa grandiosa y brillante, y como cosa corriente la construccion de nuevas y suntuosas mezquitas con su dotacion costosísima á causa de las fundaciones anexas, algunas otras fábricas deslumbradoras é instituciones religiosas y benéficas.

Finalmente la costumbre requería que el sultan fuera en general dadivoso, amigo y amparo de los musulmanes pobres y desgraciados. Además de todo esto todos los sultanes eran mas que ningun creyente esclavos sumisos de la religion y del Coran. Esto justificaba todas las guerras y conquistas con tal que fuera unida á ellas la propagacion del islamismo; y de esto nació una nueva barrera contra la omnipotencia de los sultanes, á saber: la influencia de los ulemas, que son personas que se dedican al servicio de la religion, de la ley y de la justicia, carrera especial mahome-

tana que requiere muchos años de estudios asiduos, y da á sus representantes, además de la instruccion especial pero profunda, una autoridad é inmunidad naturales é indiscutibles, realizadas por el traje que los distingue de los demás turcos. Forman parte del cuerpo de los ulemas por un lado, las personas afectas al servicio de la religion y del culto, como los *imanes* que recitan las oraciones de reglamento ante los fieles en las mezquitas, los *jeiques* ó predicadores y también los dervises. Por otro lado pertenecen á la clase los profesores y los jueces por orden de categoría; de los jueces se proveian los puestos de alcalde mayor, ó sea magistrado superior de cada ejército; y de juez se pasaba á *mufti*, que son los doctores de la ley divina y humana, las teologías y jurisperitos civiles, segun el sistema del iman *Hanefi* (1), á quienes los sultanes, jueces y alcaldes consultan en todos los casos dudosos ó difíciles y dan sobre ellos sus decisiones (*fatwas*). Por una de ellas autorizaron los mufties al sultan Mahomed II para asesinar al último rey de Bosnia, y por otra sancionaron la práctica del fratricidio. Finalmente en la clase de los mufties se proveia desde el tiempo de Soliman el Grande la vacante del mufti del imperio en general y en particular del de Stambul que lleva el título de *cheik-ul-islam* y examina bajo el punto de vista de la ley sagrada y en su caso legaliza los actos del gobierno. El chek-ul-islam es el doctor supremo de la ley, jefe de los ulemas, administrador de la mayor parte de los bienes eclesiásticos, y decide frecuentemente en última instancia hasta de cuestiones complicadas de política extranjera; porque el imperio turco ha sido desde un principio un Estado mahometano por excelencia, mas mahometano que católica ha sido quizás ninguna monarquía europea. Por esto han estado siempre estrechísimamente ligados entre sí todos los pueblos, aun los mas diferentes por otros conceptos, que profesando la ley de Mahoma, han formado y forman parte del imperio turco. La organizacion interior de este imperio así como todas sus instituciones, leyes y costumbres se derivan del Coran ó se adaptan á él y á sus comentarios, y todo el edificio político y social llamado imperio turco pretende ser obra é imagen de la voluntad divina. Así los deberes que el islam impone á sus adeptos, como la oracion, las limosnas, los ayunos, la peregrinacion y la guerra contra los partidarios de otras religiones eran en Turquía durante siglos deberes tanto religiosos como civiles.

La constitucion política era ante todo enérgicamente centralizadora, y su mecanismo administrativo era tan sencillo como eficaz. Mahomed II le dió mas fijeza, precisando las atribuciones y categorías, hasta en los sueldos y beneficios desde los mas altos dignatarios hasta el último empleado. Adoptó muchos detalles de la organizacion civil y de hacienda de las administraciones bizantinas; pero en todas partes reemplazó el personal que encontró en los países conquistados, por funcionarios turcos que en su tiempo justificaron su preferencia por su mayor probidad y sencillez. El fondo sin embargo de la organizacion del imperio estaba calcado sobre el pasado nómada de la nacion. Los magnates del imperio reunidos en el divan y presididos por el sultan Mahomed II en persona, hasta que en el último período de su vida encargó la presidencia al gran visir, constituian una especie de consejo de Estado, y cuatro de ellos se llaman las columnas del imperio en memoria de los cuatro palos que sostenian la tienda de los emires nómadas. Estas columnas son los visires, los cadiascars, los defterdars y los nichandies. Los visires son los lugartenientes y primeros

(1) El iman Hanefi fué fundador de una de las cuatro sectas tenidas por ortodoxas en el mahometismo. (N. del T.)